This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

MAIN

ACADEMIAS

EL EXTRAÑO

POR

CARLOS REYLES

«Era un pequeño ser misterioso como todo el mundo.»
MAETERLINCK

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, 4.—Teléfono 1.114

ACADEMIAS

—

EL EXTRAÑO

ACADEMIAS

EL EXTRAÑO

POR

CARLOS REYLES

PRIMER MILLAR

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, 4.—Teléfono 1.114

1897

796
R4E
ep

Es propiedad del autor.—Derechos reservados

In compliance with current copyright law, U.C. Library Bindery produced this replacement volume on paper that meets the ANSI Standard Z39.48-1984 to replace the irreparably deteriorated original.

1989

REPL
790
R458
ex
MAIN

PQ8519
R38E98
1897a
MAIN

ADVERTENCIA

Las interpretaciones que Gómez de Baquero, de la España Moderna, *de Madrid, Rodó, Ferreira, Magarinos Roca, Lugones y otros críticos y* dilettantis *del Río de la Plata han hecho del prólogo de* Primitivo, *me obligan á publicarlo por segunda vez con algunas aclaraciones y fundamentos que antes no creí necesarios.*

MAPPS

AL LECTOR

Me propongo escribir, bajo el título de *Academias*, una serie de novelas cortas, á modo de tanteos ó ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente á los estremecimientos é inquietudes de la sensibilidad *fin de siglo* (1), refinada y complejísima, que transmita el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto á escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado. En substancia: un fruto de la estación.

En Francia, en Italia, en Alemania y otras naciones se han hecho y se hacen continua-

(1) Lo cual no quiere decir que exclusivamente sean esos los asuntos de que traten las Academias.

mente tentativas numerosas—algunas ridículas, otras muy inspiradas y razonables—para multiplicar las sensaciones de fondo y forma y enriquecer con bellezas nuevas la obra artística, para encontrar la fórmula preciosa de arte del porvenir—que no es el naturalismo, ni la novela psicológica, como la entienden Baurget ó Huysmans, ni siquiera el flamante *naturismo*, ni las ideologías de Barrés;—es *otra cosa* más ideal y grande, de que acaso sospechó la existencia el Dios de Bayreuth. En España no. A pesar de *Fortunata y Jacinta, La Fe, Su único hijo*, y otras obras de indagación psicológica, la novela española, nutriéndose sin cesar del vigoroso realismo con que la robustecieron los Cotas, Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemanes, Espineles y Quevedos, es actualmente en su esencia y en sus cualidades castizas—que no consisten en el estudio de caracteres y pasiones, sino en la pintura de costumbres y en la gracia, amenidad y frescura del relato—lo que fué en el gran siglo XVI y principios del XVII: costumbrista y picaresca, cuadros de género de exacta observación, magníficos paisajes, escenas regocijadas, mucha luz y mucha travesura; un procedimiento grande y simple que ha engendrado obras verdaderamente hermosas, pero locales y *epidérmicas*, demasiado epidérmicas para sorprender los *es-*

tados de alma de la nerviosa generación actual y satisfacer su curiosidad del *misterio* de la vida.

Por eso los complejos, los *sensitivos*, los intelectuales van á buscar en Tolstoy, Ibsen, Huysmans ó D'Annunzio, lo que no encuentran en castellana lengua, tan propia por su admirable elasticidad y riqueza para expresarlo y pintarlo todo: con el fuego que la *calienta,* las pasiones ardientes y los amores locos, que dan la nota aguda del sentimiento; con el color que la hermosea, las *carnaciones* más bellas y los matices más peregrinos; con la sonoridad y el número que la suavizan y hacen muelle y blanda, las languideces y los desmayos de la voluntad y la fineza y ternura voluptuosas de los muslos y los senos de mujer... Todo, todo: el mago de la palabra y el mago del color hablaban aquella lengua.

Admirable el *regionalismo* de Pereda, admirable y grande el *urbanismo* de Galdós; pero en arte hay siempre un más allá, ó cuando menos *otra cosa*, que las generaciones nuevas, si no son estériles, deben producir, como las plantas sus flores típicas. Por otra parte, el público de nuestros días es muy otro que el de antaño; los hijos espirituales de Schopenhauer, Wagner, Stendhal y Renan, los espíritus delicados y complejos, aumentan en España y América; es, pues, llegada la hora de pensar

en ellos, porque su sentir está en el aire que se respira: son nuestros *semejantes*. Y para nuestros semejantes escribo.

Los que pidan á las obras de imaginación mero solaz, un pasatiempo agradable, el *bajo entretenimiento,* que diría Goncourt, no me lean; no me propongo entretener: pretendo hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos; y eso es muy largo, muy duro... Digámoslo sin miedo: la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara.

Para conseguirlo tomaré colores de todas las paletas, estudiando preferentemente al hombre sacudido por los males y pesares, porque éstos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma.

A muchos que ignoran que el dolor es lo más soberbiamente humano que hay sobre la tierra, acaso disgustarán los asuntos que elija; acaso á otros ofendan ó irriten las ideas que las Academias pueden sugerir; probable es, asimismo, que sin intento deliberado levante

ampollas y reciba insultos y zarpadas. Ninguno de estos peligros se me ocultan; de sobra sé que el ir contra la corriente tiene sus quiebras, y ante mis ojos está la senda fácil por la cual, haciendo rodeos y del brazo de la *Hipocresía,* se sube descansadamente á las alturas... pero, ¡cosas de la ardida juventud!; el camino recto, regado con la sangre generosa de los luchadores es el que me atrae. Tengo mi verdad y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lector, humilde y todo, pertenezco á la gloriosa, aunque maltrecha y ensangrentada falange, que marcha á la conquista del mundo con un corazón en una mano y una espada en la otra.

EL EXTRAÑO

EL EXTRAÑO

I

«No hay duda, soy completamente *extraño* á los míos ¡á los míos!.... pero, ¿tengo que ver algo con ellos?»—preguntóse Julio Guzmán. En seguida dejó caer la cabeza sobre el pecho, y empezó á pasearse de un extremo á otro del salón, haciendo muecas como siempre que se le alborotaban los nervios.

Era el joven de mediana estatura, bien hecho y de aspecto gentil. Un tipo fino. Los ojos grandes y sombreados, de cambiante color verde, que se obscurecían con frecuencia

adquiriendo dura expresión, comunicábanle virilidad al rostro, acaso demasiado bonito.

Por lo demás, vestía bien, aunque afectadamente; grandes cuellos, grandes *plastrones*, ropas de corte inglés, y se preocupaba mucho del físico; la raya del peinado no podía ser mejor hecha, ni más pulidas las uñas, ni más artísticamente vueltos hacia arriba los rubios bigotes. Algunas alhajas de gusto caprichoso demostraban su amor á lo raro, peregrino y aun chocante.

Su madre, la señora de Guzmán, dirigiéndole inquietas miradas suspiró resignadamente, como si acabase de ver algo que le recordara pasadas tristezas, ó el mal del momento, que suele olvidarse á ratos por duro que sea.

«Ahora suspira, observó Guzmán, es la manera que tiene de hacerme comprender que no la hago feliz; ¿puede darse cosa más desagradable, para qué diablos he venido, no sabía que...?» y tornó á sentarse, quedando medio oculto por el árbol de Navidad, que alegraba la pieza con sus pintados farolillos, velas de colores y plateadas bombas, y en torno del cual bullían algunos niños atracándose de turrón. Desde allí clavaba la mi-

rada escrutadora y penetrante en su mamá, hermanos y cuñadas.

Ennegrecíale el humor una de esas desazones de carácter maligno, durante las cuales nos hace daño la alegría de los otros y nos acosa á menudo el secreto deseo de turbarla. No padecía ninguna tristeza, ningún dolor reciente, el mal era viejo; su disgusto lo engendraban á una la pena del que se encuentra en todas partes fuera de su medio, los escozores del que aspira y nadie cree en él, y la sorda irritación de los seres nerviosos é intelectuales obligados á tratar frecuentemente con personas de inteligencia tarda y vulgar discurso.

«He ahí la *familia*, continuó; yo impenetrable para ellos, y ellos cerrados para mí. Cuanto piensan y cuanto dicen me ofende, me encocora, me irrita. ¿Tengo la culpa de eso..... y cómo quererlos si me producen tanto mal?» Cruzó la pierna y prosiguió: «Mi pobre madre siempre riendo: es verdaderamente dichosa; la sed de su alma la colman los objetos que tiene al alcance de la mano; su espíritu poco exigente la hace perdonar, disculpar ó encogerse de hombros, de ahí el secreto de su ventura y de su bondad. Yo la

estimo, yo la amo, pero no puedo menos de comprender que es un poco..... simple; yo la respeto, sí, pero ¡Dios santo! ¿por qué ha tenido la inocencia de ponerme en el árbol el *Tabaré?* Quiere lisonjear mis aficiones, mi amor á la lengua y me obsequia con un poeta del agua chirle castellana, como diría el gran Góngora; cree conocer mi gusto sediento de originalidad, y me regala ese amasijo de lugares comunes del espíritu y de la letra. Y ¡parece cosa del demonio! para colgar al libro le ha pasado la cinta por una página donde se leen lindezas como éstas:

«Inmóvil don Gonzalo
Que aún oprimía el sanguinoso acero,
Miraba á Blanca—que poblaba el aire
De gritos de dolor—contra su seno
Estrechaba al charrúa,
Que dulce la miró; pero de nuevo,
Tristemente cerró para no abrirlos
Los apagados ojos en silencio.»

»¡Qué fluidez, qué gracia, qué fuerza poética! ¡Y decir que hay majaderos á quienes tales prosaismos les sabe á gloria! Quisiera tenerlos cerca para refregarles por los hocicos su estupidez. Tanta tontería me irrita, me irrita, me irrita. ¡Cristo padre! yo sé que

decididamente no es serio volarse por tales cosas, que lo sensato es encogerse de hombros, pero no lo puedo remediar: me lastiman esos detalles como á otros una cortadura, un golpe. «Todo es relativo, dice María Bashkirtseff, y si un alfiler os hace tanto daño como un cuchillo, ¿qué tienen que decir los sabios á eso?» Muy bien, qué tienen que decir los sabios á eso? ¡Ah, ah, no nos entenderemos nunca, cada vez seré más extraño para los míos; es triste, pero es verdad», y se quedó mirando en actitud soñadora las nubes blancas de su soberbio puro, que en forma de anillos ascendían majestuosamente, ya encogiéndose, ya dilatándose como *las aguas vivas* en la mar serena.

II

En el ángulo de la sala reían á mandíbula batiente. El extraño sonriendo con amargura pensó: «¡Cómo gozan! todos participan del contento general ¿es la salud del cuerpo ó la del alma, la que produce esa alegría? Evidentemente, en todo esto hay mucha estupidez: los *inferiores* son *homogéneos*. ¡Cómo se entienden y cómo se penetran! sus corazones palpitan á compás, en tanto que el mío... Lo que hace reir ó llorar á uno, hace llorar ó reir á los otros; se adivinan las ideas antes que salgan las palabras de la boca y de antemano están conformes».

Le temblaron los labios débilmente y aseveró: «no, no quiero; *eso* es el vulgarinismo, ¡uf, *vade retro!*»

—Qué tal—preguntóle su hermana soltera, plantándose delante de él.

Acostumbraba á consultarlo. Guzmán estaba casi tan al corriente como cualquier presumida niña, de todo lo que á modas y caprichos del vestir se refiriera, y ella estimaba no poco su gusto exquisito, aunque algo estravagante. Además solía encontrar con pasmosa intuición esos detalles sin importancia al parecer, que le dan al traje la originalidad y suprema elegancia que no tiene el figurín: esos toques apenas perceptibles, que producen grandes cambios, de que nos habla Brulow, y que según él son el comienzo del arte.

María era coqueta y vestía con refinada elegancia. Al verla en las noches de baile ú ópera, luciendo el lindo escote y los mórbidos brazos, á cuya hermosura daban realce las finas y vaporosas telas, las plumas y las blondas, sentía Julio crecer su estimación hacia ella. «Ahora. en este *instante*, es mi hermana» decíase, porque en los demás momentos de la existencia le era tan antifraternal como los otros miembros de su familia.

—Bien, muy bien, esos tonos ténues y mates me gustan. Y ves, lo que te decía, los

bandós ahuecados hacen más aristocrática y graciosa la cabeza. Hoy estás realmente bonita, una pulida damisela del siglo XVIII. En cambio Petrona... ¿por qué no la aconsejas que se quite ese horrible lazo escocés?—Y dejándose llevar de su espíritu cáustico y nada bondadoso, continuó con toda gravedad:

—Y podías decirle también que no engrasara de esa manera tan... ¿cómo puede querer nuestro hermano á una señora que tiene las muñecas tan gordas y que se pone en la panza un lazo escocés, lo sabes tú?

María lisonjeada por los cumplidos de Guzmán, lo cogió de las manos y tirando de él, exclamó:

—¡Qué cosas se te ocurren!... pero ven, vamos un poco allí. La pobre mamá se apena de verte siempre díscolo y adusto, ni siquiera le has dado un beso á los niños; ¿te cuesta tanto ser amable?

Guzmán la miró fijamente y luego, apartando la vista con indiferencia, confesó:

—Ser amable... sí, eso es lo que me cuesta más trabajo. Los niños no me disgustan, mientras se están quietos, pero me resisto á besuquearlos, la baba, el moco, sabes? Además ¡éstos son tan pelones y feos! por qué

diablos no les dejarán crecer el pelo para hacerles rizos, eh?

María lo miró un momento perpleja y de repente echóse á reir á carcajadas.

III

No de muy buena gana se acercó al animado grupo. Miguel, el hijo mayor de la señora de Guzmán, tenía un chico sobre las rodillas y censuraba enérgicamente *Los Aparecidos* de Ibsen, expresándose con la facilidad que corresponde á un abogado.

—¡Una cosa reventable, repugnante! aquel padre cínico y bribón, que quiere llevar á la propia hija á una posada de marineros para hacer... lo que hacen otras que no son tan bonitas y ganan mucho; aquella desdichada viuda, que ha llegado á emborracharse con el libertino del esposo y á tolerar sus impudencias, para retenerlo en casa y ocultar al mundo la depravación que lo pudre... y él que, aun después de muerto, sigue atormentándola,

apareciendo como un fantasma amenazador en los vicios del hijo, ¡pobre víctima! que paga ajenas culpas, que ha venido al mundo con algo apolillado ya, y que al fin se vuelve idiota y pide el sol... ¡Ah, horrible, horrible!... ¡y luego la realidad espantosa que le daba Novelli!... Las señoras empezaron á retirarse; ésta (*ésta* era su mujer) estaba más blanca que la muerte, y yo hacía de tripas corazón para no devolver lo que había comido. Y ahora pregunto, ¿es eso divertirse, es eso disfrutar del rato agradable que debe ofrecer todo espectáculo público? No puedo creerlo.

El abogado dijo lo que antecede, con el acento del que sabe que cuanto asegura es tan justo, tan natural, que no tiene réplica posible. Al decir, «es eso divertirse»... elevaba y torcía el labio superior, sonriendo con petulante suficiencia.

—¡Una cosa bárbara!—exclamó su mujer.

La señora de Guzmán, lanzando un profundo suspiro, agregó:

—Ya no se puede ir al teatro á divertirse, ni leer una novela alegre: todos son horrores, ¡Dios mío! como si en la vida no tuviera una bastante...—y suspiró otra vez.

Era una señora buena y limitada.

—Á la verdad es que...—convino María, pero viendo que Julio estaba sumamente nervioso, fijó la vista en la alfombra y callóse.

«¡Qué profundo sentido común tienen!» pensaba Guzmán.

El abogado lo observó á hurtadillas, y luego dijo esforzándose por darle á sus palabras un tono distraído:

—¿Tú no piensas así, verdad?—lo cual significaba: «Comprendo que no estás de acuerdo con nosotros, pero á nosotros nos es lo mismo.»

—*Absolutamente*—respondió Julio, y levantándose con el visible intento de cortar la conversación, fué á sentarse al piano.

—Perdona, olvidaba que tú también eres un poco *decadente;* ¿no es así como se llaman èsos poetas locos de París? ¡decadentes! es chusco; en cambio yo soy...

—Yo te lo diré—interrumpió Guzmán, asomando la cabeza por encima del piano; —tú eres un hombre muy sensato—hizo una pausa,—un hombre serio—otra pausa—, un verdadero *filistino*—y soltando su risita impertinente é irónica, empezó á tocar un trozo de opereta muy juguetón y no poco

difícil. Seguía el compás con el cuerpo, elevaba mucho las manos, pero todo ello sin llegar al ridículo, con desenvoltura elegante, aunque un tanto exagerada. Después de *juguetear* algunas cositas fáciles y traviesas, olvidóse del auditorio é interpretó con calor y sentimiento sinceros, un motivo de *Los maestros cantores*. Golpeaba las teclas con fuerza, como si quisiera arrancarlas el alma del sonido, y se detenía sobre ellas algunos segundos para *destacar* las frases y *colorar* los trozos más baladíes. En los *intermezzos*, sus dedos finos corrían sobre el teclado rozándolo apenas. Entonces entornaba los ojos, levantaba la cabeza y parecía seguir el inquieto fuego fatuo de la fugitiva inspiración.

* * *

En el ángulo de la sala conversaban distraídamente; Maruja habíase dormido en un sillón, cerca del piano: los niños corrían á gatas por el suelo... Guzmán levantóse y salió sin ser notado. Cuando estuvo en la calle

se dijo como quien reconoce la verdad de una *afirmación interna*.

—*Efectivamente*, los detesto; eso es: los *de-tes-to*—repitió mirando hacia arriba, hacia donde quedaban *los suyos*.

IV

La señora de Guzmán notó antes que nadie la ausencia de Julio. Suspirando resignadamente dijo:

—¡Se fué, qué criatura!

Hubo un momento de silencio que al fin interrumpió Rafael: era el hombre serio de la familia, y se creía obligado á decir la última palabra sobre cualquier asunto que se tratase.

—Gracias á los estudios disparatados á que se dedica, ignoro con qué fin, y á las rarezas que va adquiriendo, es de temer que concluya en el manicomio. Vive desordenadamente, gasta demasiado y lo que es lógico, con todo eso sus asuntos no marchan nada bien: se lo pronostiqué, pero no quiso oirme, y..... *coïla.*

Aquella noticia la recibieron sin gran pena, acaso con vergonzante y oculta satisfacción. Fuera de que jamás habían fraternizado *completamente*, todos tenían algo contra Julio; resentimientos y quejas que nacieron cuando el mozo, deseando campar por sus respetos, separóse de la *estancia* en que esposa é hijos del difunto Guzmán trabajaban unidos, vendió su parte y cesó de vivir en la casa paterna, demostrándoles así á los suyos el poco ó ningún afecto que les tenía. La distancia que les separaba se agrandó, y á poco se sintieron enemigos. Presente Julio nadie expresaba de una manera abierta sus pensamientos; el temor de chocar los contenía, porque las disputas á que dió origen la separación de bienes, los dejó agriados y mal dispuestos á perdonarse nada.

Poco después de la salida del extraño, libres ya de todo estorbo, los miembros de la familia Guzmán mostráronse tales como ellos eran: gentes sencillas y bonachonas, que odiaban á muerte las sutilezas y los discreteos y apetecían sentir el *eco simpático,* que conduce insensiblemente á la conversación regocijada y fácil.

V

Julio Guzmán había viajado, leído bastante y vivido á prisa. Gracias á unas cosas y otras tenía la sensibilidad muy afinada y el gusto pelilloso y exigente. Una acción infame podría no sublevarlo, pero las pequeñas equivocaciones, las tontadas, las vulgaridades le producían verdadero dolor físico. Su inteligencia era aristocrática, su modo natural ser complicado, estudiado, de igual manera que el natural de otros es ser sencillos y llanotes. Amaba lo raro, lo difícil, lo que por exigir cierta intelectualidad para ser comprendido y apreciado, no está al alcance de todos. En Europa hubiera sido un artífice primoroso, ó cuando menos un coleccionador inteligente de esas joyas de arte que

sólo parecen tales á los espíritus muy finos y cultivados: habría tenido su colección de cueros de Córdoba, de camafeos de miniaturas sobre marfil, ú otro arte peregrino y precioso; en América se limitaba á coleccionar valiosas pipas..... y los libros que tenían grabados de los objetos que su fortuna, algo mermada, no le permitió adquirir sino en muy reducido número, cuando del brazo de una *cocotte* inteligente en los artes menores, recorría las casas de anticuarios de Francia, Italia y España. *La ancienne maison Morel* tuvo un excelente parroquiano; el estudio de un arte despertábale el vivo deseo de conocer otros, y libros y más libros pasaban de la tienda á casa del curioso: fué así un *amateur* de estampas, del grabado, del esmalte..... cada especialidad le producía alegrías diferentes, y todas juntas, apartando su inteligencia de las especulaciones prácticas, lo desorientaron y convirtieron en un ser exótico. En los espaciosos salones del *Club Uruguay*, fríos y desiertos casi siempre, no encontró con quien departir de sus aficiones favoritas; en la casa paterna lo oían como quien oye llover; sus amigos calificaron de *mariconadas* el amor al *bijou* y al *bibelot*..... reple-

góse sobre sí, y su egoísmo tuvo un verdadero y espléndido florecimiento.

Leía sin descanso, cultivaba á ratos perdidos la música, el dibujo, la pintura, cosas todas para las que tenía no sólo rara habilidad, sino verdaderas condiciones, pero á las cuales jamás pensó dedicarse seriamente; rimaba versos sabios y artificiosos, y echaba humo, humo por boca y narices, mientras las demás criaturas cumplían de mil maneras los múltiples fines de la vida local, y se agitaban sin reposo, como si tuvieran azogue en el cuerpo: siempre llenos de angustia y echándose siempre más peso sobre los heridos lomos, para conquistar con doble fatiga el miserable mendrugo, ablandado siempre, siempre, siempre, con lágrimas de dolor!

«Es necesario libertarse» decíase, escuchando impasiblemente los gritos, las carcajadas, los ayes, las blasfemias y los himnos, el inmenso y confuso clamor de las afiebradas turbas, y echaba humo, humo, humo.....

VI

«Voy dejando de ser un miembro de mi familia, un hijo de mi patria», pensaba á veces tendido en el sofá, con la pipa en un ángulo de la boca; «los sentimientos más comunes se desvanecen en mi alma: no hay nada que agite el fondo y la superficie está tranquila. Las riquezas, los honores, los placeres que *ellos* anhelan, no tienen para mí significación alguna; el bien del prójimo, el amor de la humanidad, menos; no fraternizo y es muy lógico, *no recibo nada*. Los humanitarios no hacen otra cosa que devolver una parte de la que reciben, y la humanidad da á los que le dan, igual que la tierra, guarda la simiente y devuelve el fruto: justa correspondencia y egoísmo puro, es la ley de la

vida: ó *entregarse ó conservarse.* La lapa que se pega con más fuerza á su roca al contacto del *agresor* se defiende, y yo me defiendo ocultándome en mi casa como el caracol en su concha cuando hace frío. Las rozaduras me hacen daño y me endurezco sistemáticamente ¡y que un rayo me parta si no hago bien! los primeros deberes son para con uno mismo.»

Ideas semejantes y sentimientos de hostilidad, que no se explicaba, le hicieron olvidar las pocas relaciones que tenía y hasta huir el trato de sus colegas de redacción. Cuando acertaba á verlos charlando en un banco de la plaza ó paseándose por las calles, observábalos algunos segundos con mirada penetrante y analizadora y sonreía irónicamente. «No, no me acerco: *esos señores no tienen nada que decirme*», decíase, y apretaba el paso.

VII

Guzmán atravesaba la plaza *Independencia*. Hacía una noche placidísima y sin nubes; sobre el zafiro luminoso del cielo los resplandores de las estrellas no parecían tales, sino más bien inquietos cambiantes de la luz. Aunque acababan de dar las diez en el reloj de la Catedral, discurría aún mucha gente por la plaza, y numerosos grupos y parejas de señoritas iban y venían muy atareadas en examinarse unas á otras y parecer bien. La alegría primaveral de sus flores, gasas vaporosas, y triunfales sombreros, parecía llenarles el espíritu.

Guzmán avanzaba observando; deleitábalo como siempre, más que la verdadera hermosura, las cabecitas expresivas y monas,

las delgadeces esbeltas, los vestidos y adornos de gusto complicado en su aparente sencillez, lo que en una palabra constituye la distinción y el refinamiento. Seguía los talles largos y no de formas muy redondeadas, los bustos un poco angulosos, pero gentiles, las nacientes y ya mórbidas caderas... El aroma de las flores y los perfumes penetrantes producíanle si no placer, una como dulzura espiritual, que desvanecía el paso de las feas, de las cuales apartaba los ojos con disgusto, casi con enojo. De los hombres no hacía caso á no ser que tuvieren alguna singularidad, un detalle ridículo que ofreciera blanco á su flagelante burla.

Con el sombrero quitado para que el aire le refrescara la cabeza, atravesó la plaza varias veces. Gustaba de llamar la atención á pesar del desprecio que sentía hacia el público: las polainas blancas, la orquídea del ojal y el porte altanero que afectaba no tenían otro fin.

«Estas guerrillas que despliegan las hermosas contra nuestra voluptuosidad, este volteo tentador de mujeres me encanta y seduce como nunca, pensó, y debe de ser porque ya no tengo *el derecho de aspirar á to-*

das. Sí, es eso...; y si tal me acontece cuando no soy casado *todavía*, qué me sucederá cuando lo sea? ¿Pero es verdad que estoy resuelto? ¿Cómo he podido llegar ahí yo, yo que...?», y apartándose de la corriente humana, fué á sentarse á un banco de los muchos que empezaban á quedar desocupados.

Se engolfó en sus cavilaciones; los ojos brillantes, humedecidos siempre como los de las personas que han llorado ó acaban de sufrir un gran dolor físico, adquirieron el tono verde mate que ostentan algunos calcedonias, y cesó de ver.

VIII

«Sí; estoy decidido: aún no le he dado esta contestación á Sara, pero se la daré. Recuerdo perfectamente lo que me dijo, y es más, hace meses que la vengo *provocando* para que me lo dijera. «Julio, nuestras relaciones se hacen imposibles, nuestras entrevistas cada vez más peligrosas; el simple pretexto de los amores con Cora, que justificaba tus visitas, no es suficiente. Casares se muestra descontento y habla de cortar relaciones que no conducen á nada. ¿comprendes? Por otra parte, ese viaje á Europa, que se le ha metido entre ceja y ceja: ¡separarnos, Dios mío, separarnos! ¿tú lo concibes?; qué hacer entonces?» Yo no le contesté, pero me dije para mi capote, completando sus ideas: «com-

prendido; no nos queda otro remedio que tomar una medida extrema, enérgica, de esas que saltan por encima de las convenciones humanas; hacer un gran *sacrificio*, pedir la mano de Cora y llevarla al altar... Muy bien; pero lo que tú no sabes es que para mí eso no será un sacrificio, porque yo he concluído por amar á Cora... sin dejar por tal razón de amarte á tí ni un poco menos, lo que no obsta para que las engañe á las dos, haciendo lo que tú me pides, sin saber que soy yo quien te lo ha sugerido, aunque embozadamente». «Justo, así pensaba mientras me hacía el sueco», y con nitidez completa se representó la escena que había tenido lugar entre él y Sara algunos días antes.

IX

Fué en su casa; él estaba recostado en el sofá Luis XVI y ella arrodillada en el suelo, sobre la piel de oso blanco que se extendía delante de aquel mueble. A la mortecina luz que entraba por las persianas, entreabiertas apenas, distinguíase una verdadera profusión de objetos artísticos, puestos aquí y allá con estudiado desorden, interceptando el paso por todas partes. Tapices flamencos muy bien imitados, lienzos de buenas firmas, dibujos estrambóticos y armaduras y caretas japonesas cubrían las paredes y subían hasta el techo, adquiriendo en la penumbra formas raras y caprichosas. Todo tenía allí sello personalísimo, hasta el penetrante y exótico perfume que embalsamaba el aire y que hacía

pensar, no sé por qué, en las cosas de encantamiento.

—Sé que *lo que te pido* es tremendo—continuó ella como si ya se lo hubiera dicho;—sé que te propongo una infamia, una cosa indigna, de la que nunca me hubiese creído capaz; en este instante, al decírtelo, me siento morir de pena y de vergüenza, pero no puedo menos que decírtelo... he querido resistir, rebelarme, escapar á la obsesión, todo, todo inútil. ¡Ah, Julio! ¡Si tú supieras cuánto he llorado, comprendiendo que la idea iba cada vez apoderándose más de mí! Días sin un minuto de calma, noches de insomnio... ¡Qué tormento, qué tormento!

«¡Cuánto la amo al verla sufrir por mi causa», observó él mirándola compasiva y tiernamente. Después, entornando los ojos como cuando se experimenta un placer muy intenso, pareció que se adormecía al arrullo de las palabras de ella.

—Cuando lo pienso me desespero, y sin embargo... ¡arrojarte yo misma en los brazos de otra mujer, de una persona que me es querida y á la que debo engañar vilmente! A veces me pregunto si no estoy loca, y no sé qué contestarme; cuando pienso que pue-

do perderte, huye mi razón, deliro, y entonces siento que sería capaz de cualquier cosa: de matar, de robar, de las mayores atrocidades. ¡Qué miseria, qué miseria!

Presa de mortal congoja, escondió la cabeza en el pecho querido de su amante. El la besó respetuosa y tristemente y guardó silencio.

X

Mientras ella sollozando y toda trémula le contaba sus torturas y ansiedades, Guzmán sentía un placer doloroso, que le apresuraba la respiración y le producía dulces mareos. Sufría de verla sufrir, pero al mismo tiempo, la idea de que él inspiraba cariño tan inmenso, llenábale el alma de violenta y salvaje alegría. Nunca tuvo ocasión de aquilatar su imperio sobre ella como en aquellos momentos en que la veía sin fuerzas, sin voluntad, sin nada que oponer á la ola triunfante de la pasión. Era suya en cuerpo y alma, suya, suya... Él había despertado sus sentidos y hecho un mágico instrumento de placeres y delicias del cuerpo antes insensible á la voluptuosidad, casto, frío y her-

moso como un mármol griego; su amor fundió la virtud de la enamorada como funde al vidrio la llama viva del soplete, torció la escrupulosa conciencia de la enseñanza católica, penetró el cuerpo de la amante hasta no hacerlo vivir más que para él, y se adueñó de tal modo de la *Conquistada*, que ésta ya no era un ser libre, sino un *sujeto* siempre pronto á obedecer ciegamente. Y el sentimiento de tan grande fuerza le embriagaba el corazón:

—¡Mi pobre Sara!—exclamó volviéndola á besar.

Luego, con la mirada perdida en las sombras, se dijo: «Está en lo cierto cuando asegura que por mí llegaría hasta el robo y el crimen. ¡Pobre criatura! me lo ha sacrificado todo: pureza, honradez... soy su dueño y me obedece sin que ella misma se dé cuenta. ¿Qué haré yo de ella? sería un infame si...»—Y su rostro se contrajo dolorosamente.

«Yo debía decirle—continuó dejándose llevar de un arranque generoso, no extraño en él—que no se atormente creyéndose culpable, que el culpable soy yo; yo, que por probar mi dominio sobre ella primero, y después porque la idea me obcecaba sin cesar,

le sugerí *eso* poco á poco, con maña diabólica: ya una insinuación encubierta, ya una palabrita sugestiva, ya una reflexión intencionada, de todos modos le hacía *sentir* el peligro de perderme á la par que le mostraba el medio de asegurarme definitivamente... se agitaba, temblaba como un *sujeto* cuando se le da la imperiosa orden, la orden que no puede sino cumplir, ¡pobre alma blanca! la veía rechazar la idea con horror, luego vacilar, después desfallecer... y asistía á la descomposición de su virtud, esperando por momentos verla así, arrodillada á mis pies, pidiéndome lo que yo le he ordenado.» E invadido por incomprensible ternura, con los ojos llenos de lágrimas, le rogó acariciándola:

—No llores, alma; ¡si tú supieras!...

Pero ella, creyendo que iba á rechazar lo que le proponía, le tapó la boca.

—No, no pienses, no analices; dime sólo que no me dejarás morir, que accederás á lo que te pido—y atrayéndolo, le cubrió de besos los ojos y los labios.

Cuando ella bajaba las escaleras, se dijo él con desesperada amargura: «Yo te perderé, yo destrozaré tu existencia, lo presiento,

lo presiento; llevo algo malo aquí, una cosa maldita que hará mi desgracia y la de las que tengan la fatalidad de quererme.»—Y las lágrimas volvieron de nuevo á arrasarle los ojos, sin que supiera á ciencia cierta si lloraba por ella ó lloraba por él.

XI

Un hombre pasó; Guzmán siguiólo con la mirada hasta perderlo de vista.

«Sin duda una mezcla extraña de elementos contrarios forman la esencia íntima de mi ser; tengo el alma muerta, y, sin embargo, no existe nadie más accesible que yo al entusiasmo y á la *sensiblería;* soy una criatura naturalmente falsa, *insincera,* siempre lo he sabido más ó menos bien, pero nunca he podido remediarlo,» reflexionó. «¿Por qué no le dije la verdad y mostré su inocencia? Tuve deseos, pero no sólo no lo hice, sino que le pedí ocho días de plazo para *pensar* y la dejé que se fuera con la atormentante duda. Representé mi comedia como un farsante de profesión. Otras veces miento, miento sin in-

terés alguno, ¿por qué?... A todas luces la sangre de algún bellaco corre por mis venas.»

Guzmán era absolutamente sincero consigo mismo, y á veces solía calificar sus acciones con los epítetos más denigrantes y duros... sin que por eso hiciera por corregirse. Ya porque creyese inútiles los propósitos de enmienda, ó porque juzgara á los hombres irresponsables y la bondad y maldad dos palabras vanas, fuera por una cosa ú otra, ó por razones obscuras é inexplicables, el caso es que practicaba el mal con plena inteligencia y con pleno conocimiento, asimismo, de su ningún poder para obrar de otro modo.

«Hasta las cosas más sencillas no pueden ser de otra manera que son; para que hubiese el menor cambio sería indispensable que el orden del universo se trastornara, decíase. «Oigo á cada paso, «si en vez de tomar esta calle hubiera tomado la otra...» quien dice eso es un imbécil; para tomar *la otra* habría sido necesario que antes se transformaran miles de ideas, juicios, conveniencias y cosas: un terremoto.»

Y filosofando sin temor, ardidamente

pensaba poco más ó menos lo que sigue:

«Cada árbol debe dar su fruto; es una tarea estéril y estúpida la de torcer nuestras propensiones hacia aquí ó hacia allá, ¿con qué fin, quién sabe dónde está lo cierto? y después de todo nos deformamos inútilmente, porque, en resumidas cuentas, el instinto triunfa. Lo sano es seguir la ley de la vida, que manda *vivir*, sin distinciones, lo que tiene existencia; desenvolvernos en amplia y suprema libertad como los otros organismos: los rosales den rosas, miel las abejas, veneno las víboras: todo tiene su destino, lo único que carece de él es lo artificial.»

Estos y otros razonamientos de idéntica índole, amansaban su conciencia y le permitían juzgarse con entera libertad, sin disimulos ni veladuras. Empero, del antagonismo de sus múltiples yo, le nacía en las profundidades del alma el descontento de sí mismo, fecundo en toda suerte de amarguras y negros pesares. En aquel instante convenía en ello, mientras distraidamente hacía rayas en la arena con la punta del bastón.

«Haga lo que haga, quedaré como siempre, lleno de dudas y descontento de mí. ¡Ah! por qué no me hizo Dios como ese plácido,

gordo? ¡qué pocas cavilaciones le quitarán el sueño! Ahora llegará á su casa, y si la mujer se ha dormido, le pegará una soberbia paliza, yéndose luego á la cama como si tal cosa, sin que lo atormente la duda de si ha hecho bien ó mal. ¡Vaya al diablo! pretendo ser un hombre fuerte, un hombre libre de prejuicios y no tengo fuerzas para...; la menor resolución me cuesta grandes esfuerzos, porque, gracias á mi análisis, descubro tan bien el pró y el contra, que luego no sé por qué decidirme. Al fin, concluyo por cerrar los ojos y... salga lo que salga.»

Hizo un gesto de impaciencia y continuó: «y últimamente, para qué tantas reflexiones, no parece sino que me voy á resolver *ahora;* ¿no sé hasta del cansancio que estoy decidido y que por añadidura no *puedo,* esa es la palabra, no puedo renunciar á ninguna? ¿Si Napoleón se hubiera parado en barras, hubiera sido el *Emperador?* ¿Diariamente miles y miles de criaturas no se sacrifican, para asegurar la dicha de otras? Y bien, obremos... los peces grandes se comen á los chicos y los astros mayores á los menores; será muy malo, pero no puede ser de otra manera. No soy dueño de mí, una fuerza

superior me arrastra», concluyó por último.

Esto de la fuerza *superior*, parecióle tan de perlas que, para su consuelo, se lo repitió tres ó cuatro veces, hundiéndose en seguida en obscuras meditaciones.

Pasó una hora. «La naturaleza no crea necesidades que no se deban satisfacer ¡qué no se deban! ¡cómo se reirá la gran Madre de nuestros miserables deberes!...» murmuró mientras amarga é irónica sonrisa le entreabría los labios. Calló de nuevo y durante un rato se entretuvo en contar inconscientemente las columnas de los edificios que rodeaban la plaza.

El ruido de los coches no se oía, sino muy de tarde en tarde, y los transeuntes iban siendo escasísimos. Un hombre ebrio permanecía sentado frente á Guzmán, la innoble cabeza caída sobre el pecho desnudo, enrojecido y granuloso, y las piernas abiertas, como dislocadas.

«Cuando las amo á las dos se cae de su peso que puedo amarlas, pensó por fin, lo demás son pamplinas... Por otra parte, cómo sacrificar á una de ellas, sería cruel, lo humano es evitarles el dolor, que vivan cada una con el pedazo de alma mía que *natural-*

mente le corresponde; mientras ignoren serán felices... como todo el mundo, y acaso ignoren siempre. Hasta me parece que el *hombre verdadero* y el *hombre humano* están conformes esta vez. ¡Gracias á Dios!»

Y satisfecho de encontrar el razonamiento que le hacía falta para desvanecer sus escrúpulos, sonrió placenteramente, abandonándose en seguida á los hechizos y sortilegios de su viva imaginación, la gran *Encantadora*.

XII

Dióle fuego á un cigarrillo opiado y buscó una postura cómoda. Guzmán cultivaba el ensueño. Cuando se sentía mareado por el generoso mosto del aptimismo, evocaba las risueñas quimeras de la esperanza, y dejaba volar adrede la loca fantasía. Los recuerdos dulces acudían en tropel á su memoria y sólo las posibilidades de realizar las aspiraciones gratas al corazón presentábanse á su encantado espíritu: formábase así una atmósfera tibia, un invernáculo del alma, donde pronto florecía la planta delicada de la dicha artificial. «Puesto que el placer es un fantasma que se desvanece más tarde ó más temprano, creémoslo y hagamos durar el mayor tiempo posible la querida ilusión.» Se había dicho muchas veces.

Soñaba embebecido en el espectáculo que se ofrecía á sus ojos: el cielo y la ciudad te-

nían á trechos los cambiantes de la *alunita:* Alba nube cerníase en el espacio azul, donde la muriente claridad del astro muerto dejaba flotando tenue polvillo de plata: los árboles proyectaban sombras chinas en el suelo, y algunas azoteas bañadas por la luz, parecían casas coronadas de luminosa nieve, semejando muy bien esos paisajes invernales de brillo sorprendente, que suelen admirarse en las linternas mágicas. Por todas partes claridades pálidas, tímidas sombras, tintas opalinas, y aquí y allá, en los obscuros términos de las calles, chispazos rojizos, la luz de los lejanos faroles que producía á veces los destellos vinosos de las piedras preciosas.

Al dar las tres, el soñador tuvo un estremecimiento de frío y se incorporó. «Estoy resuelto», aseguróse al tomar el rumbo de su casa, «*eso* es lo mejor que puedo hacer; basta de cavilaciones ¿quién las ama tanto puede desear su daño?... indudablemente no; á pesar de todo, algo me dice... ¿pero se trata del presentimiento del mal ó del escrúpulo burgués?» y volvió á atormentarse con sutiles reflexiones, sintiendo de nuevo la necesidad irresistible de analizar, que lo seguía, lo seguía como la sombra al cuerpo.

XIII

—Don Julio, ya es hora —dijo la antigua sirviente de Guzmán, dejando el chocolate sobre la mesita de luz. Luego entreabrió las persianas y salió del aposento sin hacer ruido, deslizándose por entre los muebles como gato por entre cristales.

«...y eso me asegurará la independencia necesaria para dedicarme tranquilamente á mis versos y á mi *Tratado del Amor*», pensó Guzmán abriendo los ojos. «No hay duda, yo he acabado de decidirme en sueños; de otro modo no hubiera dicho *y eso me asegurará... eso* lo he resuelto durmiendo. He aquí un caso de actividad psíquica, razonada é inconsciente. Ahora á otra cosa; yo tenía que hacer algo... ¡ah! sí, el chocolate,» y desperezándose cogió la taza.

Como de costumbre, se aseó y vistió cuidadosamente. Su tocado duraba por lo general dos horas. Mientras se perfumaba, pulía las rosadas uñas ó se hacía el nudo coquetón de la corbata, un pliegue profundo, juntábale las cejas; de vez en cuando dejaba la lima, el peine ó el cepillo y sentándose junto á una pequeña mesa, hacía con lápiz algunas anotaciones, prosiguiendo después su tarea.

*
* *

Los postigos abiertos inundaban de claridad el estudio, los rayos de oro del sol templaban la atmósfera aromatizada suavemente por la gran canasta de violetas y jazmines fresquísimos, húmedos aún, que se veía sobre un historiado soporte en el medio de la sala. Guzmán hundió el rostro en ella, aspirando un momento con delicia las fragantes aromas. Esto era lo primero que hacía al entrar todas las mañanas en su pieza predilecta, en su *mundo*, porque la frescura de las flores, sobre producirle vivo placer, parecía que le despejaba el entendimiento. Encendía luego un cigarrillo y echando humo empezábase á pasear de un lado á otro, deteniéndose

dose tal cual vez frente á un lienzo de la escuela prerafaelista, ya delante del *Fauno de los platillos* y otras reproducciones de la escultura clásica, ora junto á la *vitrina* de los camafeos, ora cerca de algún mueble de talla primorosa. Concluído el cigarrillo poníase á escribir.

«*Calentar* las frases hasta que quemen, *colocarlas* hasta cegar, *animarlas* hasta que produzcan la sensación de la vida». Díjose como de costumbre, al abrir el cuaderno sobre cuya tapa de cuero de Rusia y broches de plata oxidada, leíase esta inscripción *Zafiros*, del hebreo *zappir*, que significa la más bella cosa.

Guzmán era un diamantista del verso, un artífice más que un poeta; su amor á la preciosura de arte inspirábale el gusto del término raro, de la expresión recamada y pulida, el gusto de las filigranas, taraceas y cinceladuras de la frase. Creía como Flaubert, que *la palabra es todo*. «La palabra es para la idea, lo que la línea para la escultura y la nota para la música», aseguraba y limaba sus versos como quien pule un diamante. Él que se reía y se jactaba de despreciar al común de las gentes, sentía por el

público lector profundo respeto: su sueño era entregarle temblando una joya acabada y de nadie conocida, y con el júbilo con que el avaro aumenta su tesoro, hermoseaba él su obra en la soledad, ocultamente, tanto que ni sus mismos compañeros de redacción sospechaban que hiciera versos, y menos aún versos *sabios*. Cuando le pedían su parecer sobre alguna composición, leíala despacio y al fin, encogiéndose de hombros desdeñosamente, aseguraba:

—Versos flojos, desmañados, pobres: yo sé de uno que los hace como Dios manda— y reíase para su capote de la ignorancia de los otros.

Todas las mañanas trabajaba dos horas en los *Zafiros*, á los que no había agregado ninguna composición desde mucho tiempo atrás; perfeccionaba las viejas. Algunos versos, muy pocos ya veíanse señalados con lápiz azul: eran los que había necesidad de limar aún, y sobre ellos se estaba horas enteras, puliendo el vocablo, afinando el concepto, hasta que llegasen á ser sus rimas lo que él quería que fueran: *frascos preciosos de esencias sutiles.*

XIV

En el estudio, rodeado de sus cachivaches y chirimbolos artísticos, sentía Guzmán una calma muy dulce, un gozo muy íntimo y suave. Las horas corrían tras él apaciblemente; leía, limaba los *Zafiros*, soñaba tendido en el blando diván... Sólo muy de tarde en tarde, como una ave negra por el limpio cielo azul, le pasaba por las mientes la idea de su soledad y extranjerismo en la propia patria, y entonces la pluma se le caía de entre los dedos. Levantábase enarcando las cejas y pegaba la frente contra los cristales de la ventana; hombres, mujeres y niños iban y venían atareados en mil ocupaciones que él despreciaba sin conocerlas, como ellos despreciaban sin conocerlas sus *Zafi-*

ros y su *Tratado del Amor*. Y comprendía sin esfuerzo, pero no sin amargura, que á su existencia le faltaba algo. «Haga lo que haga un mar de hielo me separará de mis semejantes, y ni mis rimas ni mi *Tratado del Amor* lo romperán. ¿Habré equivocado el camino de la vida, seré únicamente un retórico elegante y vano?» Y mil dudas le señoreaban.

En su aislamiento sentía vagamente el vacío de no tener ninguna tarea que le pusiera en relación con los demás hombres, y al mismo tiempo repugnancia y miedo de llenarlo. Repugnancia de confundirse con la plebe, miedo de caer en la lucha, miedo de que lo pisotearan, miedo del dolor. «Para obrar es necesario *enrudecerse*, y yo no he hecho otra cosa que *afinarme*», reflexionaba, y la nítida y justa conciencia de su *desemejanza*, lo hacía retirarse de los cristales, coger la pluma y, si no contento, al menos resignado, meterse de nuevo en sí, como el *caracol en su concha cuando hace frío*.

XV

—Quiero ver tus ojos—dijo Sara,—tus ojos me dirán si debo morir ó no.

Él tendiéndola las dos manos se acercó á ella:

—Mira.

—¿Y...?

—Lo que tú desees se hará; estoy pronto á obedecerte.

—¡Amor, amor mío!—exclamó ella echándole los brazos al cuello, y las lágrimas empezaron á correrle por las pálidas mejillas, pálidas y casi transparentes, como las finas porcelanas japonesas.

—Perdona, Julio, deja que me desahogue, no podía más, al subir me temblaban tanto las piernas que me ví obligada á detenerme

una porción de veces, ¡qué angustia! pero ahora soy dichosa, dichosa, dichosa.....

Julio pasándole amorosamente el brazo por detrás del talle, la llevó hasta el diván que había en el medio de la pieza, escondido en el hueco que formaba para el caso un complicado mueble. Sobre el diván, á cierta altura, en una especie de historiado y ancho estante, que sostenían dos cariátides de roble muy bien esculpidas, descansaban algunos vasos y jarrones: las cabeceras del mueble formábanlas dos *vitrinas*, y la parte posterior una biblioteca de tres cuerpos, donde tenía Guzmán los autores de que era más devoto.

Sentáronse, y Sara dejó caer la cabeza sobre el hombro de Guzmán; con la diestra le oprimía la mano que él la pasaba por detrás del talle, y con la izquierda la otra, besándosela seguida y regularmente. En tal posición y en la semi-obscuridad que velaba el estudio otras veces, solían permanecer largo tiempo sin hablarse, hundidos ambos en una deliciosa somnolencia.

—*¡O vase de tristesse, ó grande taciturne!* ¿es posible que me quieras tanto?—exclamó él.

Sara levantó la cabeza. Su rostro de una blancura mate tenía el óvalo infantil de las Purísimas de Murillo, y los ojos grandes, de mirada lánguida la misma expresión triste y dulce que los de aquéllas.

—*¡O vase de tristesse, ó gran taciturne!* —repitió él mirándola con amor.— ¡Qué hermosa, qué hermosa eres! Hay días que tu belleza hace realmente mal.

Ella sonrió y él la besó entre los labios, sobre el marfil de los dientes, iguales y blanquísimos.

—Tu boca *amorosa* te vuelve á la tierra; si no fuera por ella inspirarías amor divino, no pasión humana. Te quiero mejor así.

Después que se repuso dijo Sara:

—Tú mi boca y yo tus ojos... ¡qué impresión me produjeron la primera vez que te ví! —Hizo una pausa y continuó:—Fué cuando me llevaron á tu casa, después de la muerte de mi pobre madre. Estabas enfermo, pálido, muy pálido; no tenías nada más que ojos en la cara. Cuando me miraste me eché á llorar ¡qué mirada triste, Dios mío! Me figuré que vivirías poco y de golpe me invadió una gran ternura hacia tí. Después, después... ¿recuerdas tú después? Fuí tu enfer-

mera, ¡qué días felices aquellos! Cuanto más triste te veía más afanábame yo en divertirte y hacerte reir, cosa que lograba con grandes trabajos, porque tú eras muy irritable y descontentadizo. Según los médicos padecías no sé qué trastornos nerviosos; á la menor cosa me tirabas con los juguetes. Irritable, sí, pero en el fondo buen corazón; al verme lagrimear, toda triste y pesarosa, me atraías cariñosamente hacia tí y si yo lloraba, llorabas tú también.

Se detuvo, entornando los ojos como hacen algunas personas para recordar, y luego prosiguió:

—Lo que no puedo precisar es cuándo me enamoré de tí; yo creo que siempre lo estuve. Si me decían que era linda, me alegraba por mi Julio; si procuraba ser elegante y mona, era para seducirte; y si me sentí dichosa cuando me *subieron el moño* y me llevaron al primer baile, fué porque me dije: «ahora ya soy una señorita y puedo, cuando le parezca, casarme con él».

XVI

Gustando la miel de los recuerdos gratos hablaba, hablaba mientras Guzmán, con la seriedad del artista absorbido en su obra, la cubría de violetas. Tenía la canasta á la mano, y sin levantarse iba cogiendo los ramilletes y poniéndolos con peregrino arte en la cabeza, sobre el busto y en el cuello de su amada.

De vez en cuando echábase hacia atrás para estudiar el efecto, y luego inclinándose lentamente sobre la gran taciturna, depositaba en su rosada oreja un beso largo, largo... Ella sentía voluptuoso escalofrío, entornaba los ojos y muy grave devolvíale el beso.

—¡Alma!...

—¡Vida!...

XVII

—¿Recuerdas aquella noche? tú estabas enfermo, no podías bailar y me seguías con la vista tristemente, tal vez con un poco de celitos. Desde el principio tuve el *carnet* lleno, y yo que entré al baile con un temor horroroso de *planchar*... No perdí pieza; los mozos me asaltaban pidiéndome los *intermedios;* á la hora de haber entrado tampoco tenía intermedios... La señora de la casa me abrumó de atenciones, los viejos graves lo mismo, en fin, un triunfo que te hizo pasar un mal rato, y ¿lo creerás? yo gozaba de verte triste; sabía que era por mí y eso me llenaba de felicidad y orgullo.

»Cuando estuvimos solos en el comedor de casa me dije: «Yo tengo la culpa de esa tristeza y yo debo disiparla».

»—¿Qué tienes?—te pregunté. Vacilaste un poco y luego respondiste:

»—Pienso que pronto nos abandonarás; todos gustan de tí.

»—¿Y eso te apena?

»—Sí;... ¿no lo sabes tú?

»Los corredores estaban obscuros, una sola luz de la araña iluminaba á medias el comedor y sus reflejos pálidos herían el juego de plata del té, ya servido. Yo me veía en el espejo blanca, blanca como una muerta.

»—¿Quieres que te diga una cosa?—repuse acercándome. Tú me mirabas con los ojos muy abiertos.—Pues bueno—proseguí,—si tú no me abandonas, yo nunca te abandonaré.

»Como sin fuerzas te dejaste caer en el sofá, al mismo tiempo que me agarrabas las manos y me las cubrías de besos y lágrimas. ¿Y yo qué sentí entonces? ¡ah! no pude verte llorar; á mi vez lloré, y con toda imprudencia te cubrí de besos las mejillas, los ojos, los labios... Siempre me ha sucedido igual; tus sufrimientos me vuelven loca, ¡loca de amor y de dolor!

—*¡O vase de tristesse, ô grande tacitur-*

ne!—repitió él besándola lánguida y dulcemente.

—Desde aquel día fuí tuya, tuya, tuya... Y lo que más me ataba á tí era ¡cosa singular! la conciencia de que podías *perderme*.

Ese terrible y angustioso miedo me atraía, como el negro abismo atrae al miedoso. Una vez que subimos á la torre de la Catedral con tus hermanas, sentí mirando hacia abajo, lo que sentía muchas veces mientras pensaba en tus ojos, en tu manera de reir y en tus palabritas de miel, miedo é irresistible atracción. Pero tú me abandonaste, y entonces...—y recordó con tristeza la ingratitud de Julio, enamorado de otra, y el casamiento de ella con el pretendiente á que menos se inclinaba, el Sr. Casares, hombre de cierta edad, viudo y padre de una joven poco menor que la nueva esposa: Cora.

XVIII

Julio la había deshecho el peinado y tejido en la soberbia mata de pelo una guirnalda de flores.

—No te menees...—exclamó de pronto, y alejándose hacia la alcoba, trajo una tela blanca y la envolvió con ella, imitando los pliegues de un peplo.

—¡Una vestal!—dijo con apagada voz, abrazándola.

Ella se abandonó á él lánguidamente y sus bocas ávidas se unieron. Cuando el aliento cálido de Julio le acariciaba el rostro, creía Sara morir; la flaqueaban las piernas y acabábasele la apresurada respiración. A veces sentía un frío muy extraño, que la helaba la columna vertebral, y otras veces es-

tremecimientos y cosquilleos, que la recorrían toda la piel.

—¡Vida!...

—¡Alma!...

Murmuraban, y sus labios volvían á unirse, sedientos de la sed insaciable del amor.

En aquel instante la sirviente cerró las persianas por la parte de afuera y las sombras invadieron el estudio, haciendo que los objetos crecieran, medrasen ó cambiaran de forma misteriosamente. Las máscaras japonesas trocaban sus visajes horribles en risas lúbricas de sátiros; el Fauno de los platillos, parecía de veras danzar su licencioso baile; las carnes de los desnudos palpitaban, y las figuras de los cuadros y tapices no se diría sino que iban á echar á andar, tanta animación adquirían en la semiobscuridad engañadora. En la sombra las violetas y jazmines exhalaban sus más penetrantes olores.

Sara sentíase desfallecer, los besos prolongados y sonoros en el pabellón tierno y sensible de las sonrosadas orejas, estremecíanla y le llenaban los oídos de músicas inefables, de melodías celestes, que llegaban

á producirle desmayos y espasmos voluptuosos.

—Me muero—balbuceó por último sin corresponder ya á las apasionadas caricias que recibía,—me muero—repitió, escondiendo la cabeza en el pecho de Julio, para huir de los besos que le producían tanto mal y tanto bien. Pero él, poseído de la locura erótica, orgulloso de sentirla desfallecer de deseos, orgulloso de producir aquella voluptuosidad que mataba, deseando tal vez que muriese entre sus brazos, siguió prodigándole enervadoras caricias, enloquecido de verla oscilar entre la vida y la muerte, como la luz de la vela que se sopla, y tiembla próxima á extinguirse y otro soplo puede matar..... Y así, ella temblando y él vertiéndole con sus besos en los oídos el filtro venenoso del amor, atravesaron la sala como dos espectros, caminando lentamente, lentamente, lentamente.....

XIX

Hoy podré acompañarte todo el día: dije en casa que iba á Colón.

Habían almorzado juntos y se sentían muy satisfechos y alegres.

—Pues entonces trabajaremos: tengo una nueva obra para tí, las *Cartas amatorias* de Mariana Alcofurado, la célebre monja portuguesa. ¿La obra no te gustó?

—¿Cuál, el *Triunfo de la muerte?*... así, así; yo no entiendo el amor de esa manera.

—Tú eres una alma blanca, ves solamente el lado bueno y generoso del amor, pero tienes otros... A mí siendo humano no me repugna ninguno; todos despiertan mi curiosidad, y estudiándolos en su esencia y sin prevenciones, comprendo que son *igualmente legítimos*.

Sara guardó silencio; había algo en las ideas de Guzmán que lastimaban las suyas. Él abrió, *L'instinct sexuel chez l'homme et chez les animaux,* de Tillier, y se puso á copiar en un cuaderno de notas los pasajes que tenía señalados. Con todas las obras de su nutrida biblioteca y las que fué adquiriendo, que directa ó indirectamente trataban del amor, había hecho lo mismo; los cuadernos pasaban de diez y aún le parecía insuficiente el material de observaciones para la base de su tratado, y por eso buscaba afanosamente en las historias á lo Tácito, en las novelas de todas las épocas, en las confesiones de las cortesanas y amorosas de todos los tiempos, y en las sutiles páginas de los místicos ó de los psicólogos, algo que pudiera darle alguna luz, marcarle un rumbo ó sugerirle una idea.

Mientras se atareaba en labor tan ímproba y dura, para otro cualquiera que no sintiese con la fuerza que él, el gozo de investigar, hacía sus apuntes y analizaba la propia experiencia, campo de estudio nada medrado, ni estéril en complejos sentimientos.

Junto al escritorio, en una biblioteca giratoria, tenía las obras que había leído y

anotado y que á las veces tornaba á consultar; hacinamiento de libros de lectura é índole muy diversa, unos ideales y levantados, otros materiales y torpes, cuando no sucios y perversos. Todas las grandezas y todas las abominaciones del amor, estaban estudiadas allí, en forma poética ó prosaica, en estilo épico, brioso y entusiasta, ó á la manera científica, fría, minuciosa y razonadamente. Las pasiones sutilizadas hasta el misticismo, y las pasiones materializadas hasta la depravación, tenían sus virtuosos. Y Guzmán leía las tales obras con el mismo respeto y la misma frialdad, sin entusiasmarse ni indignarse. Para él los pasmos amorosos de Santa Teresa y las monstruosidades de Gilles de Ratz, eran curiosidades igualmente preciosas; al través de estas tinieblas ó de aquellas inmaculadas blancuras del alma, creía descubrir la misma necesidad de sufrimiento, y anhelos de un *más allá* angustioso que sienten los enfermos de amor.

—Sí—decíase Guzmán—tiene razón Barbey d'Aurevilly: «las palabras diabólico y divino, aplicadas á la intensidad de los goces, expresan una misma cosa, es decir, sensaciones que llegan á lo sobrenatural».

XX

Guzmán encendió su pipa, echó una gran bocanada de espeso humo y dijo, cerrando el libro que leía:

—La historia del amor es casi, casi la historia del alma humana. Cuando se ha amado las cosas toman un sentido singular, las ideas se modifican y hasta el físico parece sufrir ciertos cambios: los ojos brillan de inteligencia y la boca sonríe con muy otra expresión que antes. Esto no tiene nada de sutil; las mujeres que no han sentido las dulzuras del amor son fáciles de conocer por su sequedad, por no sé qué cosa árida, extraña al feminismo, opuesta á él; é igual los hombres: son duros, viven llenos de sordas irritaciones que no se explican, y su conduc-

ta parece como que no tiene carácter *humano;* pero experimentan una vez la amorosa pasión y sus ideas y creencias se *humanizan,* quedando además como coloradas por la clase de pasión que han sentido. No hay ningún otro sentimiento que penetre tan hondo, tenga tantas graduaciones y sea tan complicado; sus raíces se extienden por los demás afectos y por milagroso modo los crea y á la vez se nutre de los mismos; en el fondo sólo él vive.

Hizo un gesto de fatiga y prosiguió:

—¡Vaya al diablo! á pesar de todos mis trabajos no podré dar ni mediana idea de su naturaleza, tan complicada, tan misteriosa. Todos los días modifico mi concepción; miles de detalles me lo presentan bajo aspectos inesperados, y cada nueva obra que leo me sorprende con observaciones que yo no he tenido la fortuna de hacer. Aquí tienes ésta —continuó, sacando de la biblioteca un folleto pequeño;—es de *acá y sin embargo* le daré un puesto entre mis libros, gracias á esta observación peregrina, que me sugiere no pocas ideas y explica algunos fenómenos.

Cuando Julio estaba alegre volvíase muy comunicativo con su amante; entonces ha-

blaba, hablaba sin cesar, hasta que el menor signo de cansancio de aquélla, le hacía decirse: «he hablado más de lo que está bien», y á punto seguido callaba, guardando por largo rato hostil silencio.

«Sí, la podredumbre de aquel hombre, antes tan sano y fuerte, y ahora despreciable, vil y abyecto,—leyó en voz alta—*era obra suya,* y este sentimiento elaboraba en su alma femenina ternuras inauditas é inclinación amorosa, explicable tan sólo considerando que, acaso las mujeres, *experimentan la necesidad de amar especialmente á los hombres que destruyen.*»

XXI

Guzmán meditó un momento y luego dijo:

—Justo y bien expresado. Reconozco en el autor una criatura de mi patria espiritual. Tiene su *manera* cierto ímpetu, cierto sabor extraño que seduce: acción sugestiva, rápida —parece que quisiera al fin de cada capítulo, provocar una serie de reflexiones, de pensamientos—y finezas de dicción, símiles y tropos rebuscados, extravagantes á primera vista, pero precisos y no desprovistos de encanto si se miran atentamente, escucha: ...«hacia aquella parte el cielo tenía esos colores desmayados y enfermos de las piedras que *mueren;* el verde resplandecía con el *fuego* de los diamantes del Brasil: sobre las

franjas grises del horizonte los objetos se destacaban borrosamente, como sobre el viejo metal de un espejo etrusco», términos felizmente aplicados y que me hacen el efecto de joyitas peregrinas. Otras veces la hermosura nace de la valentía y sequedad de la expresión: «borracho, con los ojos fijos y sin luz como los de un pez muerto; reía y reía como un demente trágico; irritado ó poseído tal vez de la grandeza de su destino negro y adverso; nubes negras como negros crespones enlutaron el cielo...» sí, sí, cierta novedad avalora estas imágenes y figuras, cosa que tiene más importancia que parece: quien varía la forma, produce sensaciones nuevas. Un monaguillo crítico, cuyo gusto en literatura y... en todo, es muy conocido y justamente apreciado, asegura que la novelita ésta no tiene novedad ninguna, que es poco más ó menos lo que han hecho los demás escritores del país, por ejemplo—la intención se traslluce—él con sus cuentos vulgares é insulsos; él frases de éstas: «las ardientes lenguas de fuego consumían, consumían como las lenguas amorosas de las amantes...» ¡pobre *pistolo!* como les dicen en España los veteranos á los quintos. El valor que hace falta

para no velar la bella desnudez de una frase, es compañero siempre de la sinceridad artística y no lo tienen nunca los mogigatos ni los mendicantes de la literatura.

Repentino disgusto obscureció el rostro de Sara.

—No te place lo que digo?—preguntóle él frunciendo el ceño.

—¿Para qué negártelo? no; no puedo comprender que haya hermosura en una expresión tan torpe ¡que sea una cosa á un mismo tiempo mala y linda. Perdona si digo algún despropósito, pero me parece tan claro!...

—Las claridades en arte suelen ser las tonterías—replicó él con un poco de dureza. —Voy á mostrarte cómo una cosa puede ser, á un mismo tiempo, linda y mala.

Y dirigiéndose á la vitrina que tenía más cerca, cogió un sello antiguo, cuyo mango de marfil lo formaba un grupo mitológico de una obscenidad repugnante.

—Para nosotros los *curiosos*, esto es una preciosidad artística, nada más, porque la hermosura de la línea, la verdad de los gestos, la armonía del conjunto nos embarga el ánimo, nos absorbe y no vemos otra cosa que la belleza; lo feo del asunto desaparece, mue-

re ó se presenta al espíritu en tan último término que no sólo no lo perturba, sino que ni lo distrae siquiera. Pues bien, hay frases que son para mí lo que esta joya; para otros suciedades no más: ¿quién interpreta con más elevación?

Dijo lo que antecede con acento seco, recalcando las palabras.

La taciturna inclinó la cabeza sobre el libro para que Guzmán no viera sus ojos llenos de lágrimas. «¿Hay algo en mí que le es profundamente antipático, pensaba; me alcanzará también su inquina feroz al vulgarismo? por qué se irrita? por qué es tan mordaz cuando censura? ¿será que su alma esté llena de rencor contra... contra todos?

Guzmán tornó á sentarse, estaba un poco pálido y su rostro expresaba la sorda irritación del que siente que un suceso inoportuno le ha aguado la fiesta. Observó á su amante y después, adivinando acaso lo que ésta pensaba, dijóse lo que se había dicho ya otras veces en parecidas circunstancias.

«He ahí la burguesa; fuera del amor ella también es una enemiga, para mí,» y sonrió amarga é irónicamente.

XXII

Desde el momento en que Cora fué la prometida de Guzmán, subieron de punto sus encantos. La joven transformóse en mujer; se hizo más coqueta, más elegante, más femenina; sus miradas parecían acariciar; la voz, antes incolora, adquirió el timbre pastoso, caliente de las mujeres que han amado y han inspirado pasiones amorosas; sonreía á cosas invisibles, adoptaba por instinto de agradar, posturas lánguidas; y su rostro de líneas puras, pero *inexpresivo*, quedó como crispado por la virtud de un sentimiento absorbente, único, espiritualizándose hasta expresar la curiosidad de la vida y la espera alegre é inquieta de las promesas del amor.

XXIII

En el ángulo más obscuro de la sala, en la sombra misteriosa se decían todas las noches los novios las mismas palabras de miel. Ni fatiga ni aburrimiento; él hablaba generalmente, y ella lo oía con atenta curiosidad, jugando con el abanico ó deshojando una flor. Á veces la taciturna sentábase al piano, y entonces los prometidos permanecían silenciosos, examinándose atentamente. En esos casos Julio, sin querer y hasta con viva repugnancia, poníase á analizar sus sentimientos hacia aquella criatura, que él amaba y á la que sin embargo, seguía engañando de una manera alevosa. En medio de la amargura y disgusto que le producían los crueles análisis del propio corazón, llegó á sospechar que en

el fondo de su afecto hacia Cora, sólo existía el cariño de sí mismo, y que lo que avivaba la llama era algo así como una piedad monstruosa, nacida de la idea más ó menos difusa, de que la niña bella y angelical, rica y feliz iba á ser su víctima, una cosa sacrificada á su existencia, é infinita ternura dilatábale el pecho y le humedecía los ojos.

Mareado por estas blanduras sentimentales, que desde algún tiempo á aquella parte lo invadían á menudo, acariciaba con miedo la idea de purificarse, confesándoselo todo á Cora. «Eso me haría un gran bien, se decía, librar al alma de los atormentadores remordimientos; romper valientemente con el triste y vergonzoso pasado; ser un hombre nuevo, un hombre amante y amable; reconciliarme *con los otros*... Pero pasada el aura sentimental, la razón y la lógica, ponían las cosas en su punto y él tornaba á ser la criatura sujeta á su destino é impotente para torcerlo; la débil criatura humana, gimiendo bajo el pie de la implacable realidad.

XXIV

Á pesar de todo la idea de la confesión lo obcecaba y perseguía sin descanso, convirtiéndose en un verdadero tormento. «Si osara confesar mis culpas ahora mismo», decíase estando junto á ella, y el corazón le latía dentro del pecho apresurada y descompasadamente, poníase pálido, muy pálido y todo anheloso, como si estuviera pasando por el duro trance, se veía á los pies de Cora, hablándole con el fuego y la elocuencia de la sinceridad, mientras ella lo escuchaba llena de asombro é indignación, pero dispuesta á perdonarlo.

—Qué tienes?—preguntábale ella, observando su palidez.

—Nada, nada—respondía Guzmán vol-

viendo en sí; y secándose el sudor frío que le corría por la frente, agregaba sin poder disimular su turbación.—Tontunas, cosas de poeta.

De regreso á su casa, lejos de Sara la *idea* lo perseguía menos. «Imposible... mi existencia está unida á la de Sara, su carne con mi carne, siento que es como un órgano principal de mi cuerpo y no concibo la vida sin mi pobre taciturna. ¡Traicionarla! sería cruel é infame, y por qué, por qué la había de traicionar? eso nunca... Pero por otra parte, vivir en la mentira siempre, siempre; no poder arrancarme de aquí este come, come»... y suspiraba y sacudía la cabeza, procurando pensar en otros asuntos.

Llegaba á su domicilio, vacilaba un momento y sin poder libertarse de la duda, la gran *inquisidora* de almas, seguía adelante por las calles desiertas. «Si sobreviniera algún conflicto que aclarara las cosas, ¡ah! lo deseo, lo deseo, aunque el aplastado sea yo», repetíase próximo á desesperar.

El paso de un transeunte, las voces aguardentosas, que salían de los sucios bodegones, el ruido de una puerta que se cierra, lo distraían. Un poco más adelante la *idea* torna-

ba á tentarlo. «¿Y si hablara, qué sucedería? ¿está lo suficientemente enamorada para perdonarme? en cuanto á eso... ¡Ah! si el pasado no existiera, si yo fuese libre!» Y de un modo vago y confuso sentía que Cora representaba para él la esperanza, la vida nueva y la reconciliación con la vida, y que su ser entero la buscaba instintiva y resueltamente, como los animales buscan lo que mejora su existencia.

Dilatabánsele los pulmones, respiraba mejor y lo invadía grato bienestar... que duraba diez minutos, veinte, hasta que de golpe, como una figura blanca en las tinieblas de un cuadro fantástico, aparecíasele la imagen de la taciturna, los grandes y tristes ojos llenos de lágrimas é interrogaciones, y los labios contraídos por un gesto de dolor.

El extraño volvía á suspirar y á sacudir la atormentada cabeza, y continuaba su paseo, pronunciando en voz alta frases incoherentes.

XXV

Viéndola caminar hacia el abismo, tan inocente de todo, tan risueña y llena de confianza, sentía él, no ya el deseo, sino el ansioso temor de caer de rodillas y confesarle sus infames proyectos. Violentándose mucho, haciendo esfuerzos sobrehumanos, lograba permanecer en su silla, aunque muy intranquilo y nervioso.

«Si no hablo caeré enfermo», asegurábase todas las noches al salir.

XXVI

Después de haber visitado en su alcoba á Sara, que estaba un poco indispuesta, sentáronse los novios en el sitio de costumbre. El tocador los separaba del dormitorio de la taciturna, las puertas quedaron abiertas.

Guzmán quitóse la orquídea del ojal y sonriendo débilmente se la dió á su prometida. Estaba más pálido y ojeroso que otros días. Cora lo examinó un momento y dijo:

—Hace tiempo que noto no sé qué en tí; tú tienes algo...

Guzmán guardó silencio.

—Por qué no me lo dices, es cosa que no puedo saber yo?

—¡Si tú supieras!... pero imposible, cómo confesarte que... ¡imposible, imposible!

Cora se puso muy grave; cuando hablaba

de cosas serias parecía una vieja de cincuenta años por lo sesuda y reposada.

—Tú tienes secretos para mí y no debías tenerlos. ¿Es tan malo eso que me ocultas?

Él la miró entornando los ojos y dijo con voz apagada y lenta:

—Sí; muy malo; tú después de saberlo, no podrías perdonarme y entonces... no conoces las flaquezas humanas y por eso mismo tienes que ser doblemente severa.

Cora reflexionó un momento.

—Me crees más niña de lo que en realidad soy... y después de todo, no oponiéndose á mi felicidad, qué puede importarme lo que tú me digas.

—Es que... puede oponerse. Si tú perdonas, si tú olvidas, nó; pero si no puedes perdonar...

Ella sintió un frío tan intenso que le pareció que se la helaba la sangre en las venas. Con mucho trabajo pudo preguntarle:

—¿No me quieres ya?

—Más que nunca.

—Y bien, yo perdonaré—repuso, sintiendo que la vida le volvía al cuerpo.

—¿Todo, todo?...

—Sí; todo.

Nervioso temblor agitaba las manos de Julio; los objetos y muebles empezaron á rodarle por delante de los ojos. En lugar de una veía mil lámparas, y los gatos negros que adornaban la pantalla de papel rizado, multiplicándose maravillosamente, se le aparecían corriendo furiosas carreras por las paredes.

—No me siento bien—exclamó tapándose el rostro.

—Las manos te arden; qué tienes, ¡Dios mío!

—No hables fuerte, ya pasará; es un poco de angustia, un no sé qué,—y mirándola fijamente agregó:

—¿Y si yo hubiese querido engañarte alevosamente para ocultar con tu amor otro amor ilegítimo, sí, ilegítimo?...

Al decirlo temblaba de miedo que ella pudiera adivinar, y á la vez sentía extraño gozo repitiendo aquellas palabras que podían muy bien producir una catástrofe.

El espanto crispó la cara de la joven.

—¡Tú!...

—Sí, yo, yo mismo.

—¿Entonces no me amabas?—repuso palideciendo de nuevo.

—Justo; no te amaba; pero si te amase ahora, perdonarías?

Cora no contestó. Él hizo una mueca de desaliento.

—Ves, tú no perdonarás.

Era tanta su tristeza que Cora se apresuró á decir.

—Sí perdonaré.

Una sonrisa de incredulidad entreabrió los labios de Julio, palidísimos y secos; sus miradas inquietas eran las de un loco.

—Es que tú no puedes aquilatar la magnitud de mi ofensa; yo te he ofendido profunda é infamemente, y ¡ay! no sólo á tí, sino también á la persona que te es más querida. Cómo? no puede decírtelo, de mi boca no lo oirás nunca, bástete saber que los móviles que me acercaban á tí eran ruines é interesados, pero el amor ha querido burlarse de mis intentos haciendo que ame con toda el alma á la que pretendía engañar, haciendo que viva únicamente para tí—y sin darse exacta cuenta de sus actos, cayó de rodillas pronunciando como en sueños las mismas palabras que temía salieran involuntariamente de su boca.—Yo he sido un infame, pero no quiero serlo más, escucha.

XXVII

Con el rostro entre las manos, oía Cora las palabras de Julio. Éste sintiendo la dolorosa voluptuosidad de rebajarse y exagerar las culpas, que crea á veces el arrepentimiento, le descubría, entre protestas de cariño, las perversidades que había acariciado.

—Sí, sí—agregó por último mientras ella lloraba sus ilusiones perdidas;—yo pensé engañarte, sacrificarte, pero era cuando no sentía por tí el amor que siento ahora, amor purísimo que me inspira el ansia de sufrir para purificarme y el deseo de lavar con lágrimas humildes las heridas con que he ensangrentado tu corazón inocente. Yo quisiera tener por cada dolor que te causo, mil dolores más grandes, yo quisiera recibir

castigos, purgar mis faltas, por eso pongo el látigo en tus manos, castígame, pero no dejes de quererme, porque, no lo dudes, yo no soy peor que los otros. El despecho de los vencidos, la soberbia intelectual, la enconada irritación de los solitarios han desviado sin duda mis ideas del sentido recto; después los estudios, los análisis desencantadores... Mi maldad es acaso el fruto dañino del árbol del saber, no flor maldita del alma; de otra manera no sentiría estos anhelos de purificación que refrescan y mejoran y me hacen buscarte, porque sé que á tu lado mi corazón se ensancha, lo bueno que aún hay en mí surge y me siento con fuerzas para convertirme en una criatura como las otras. Y tú, Cora, no me puedes abandonar en esta crisis que decidirá de mi vida; sería arrojarle un arma al que está desesperado; exígeme los sacrificios que quieras, pero no me niegues tu perdón, piensa que mis faltas, mis antiguos amores han sido extravíos no más, y que lo único grande, verdadero y que ha echado raíces en mi alma es el amor que me inspiras tú.

En la pieza inmediata oyóse un grito estridente y el ruido sordo de un cuerpo que

cae al suelo. Los novios miráronse estupefactos, y luego con la mortal angustia que nos sobrecoge cuando presentimos, sin saber por qué, una gran desgracia, franquearon la puerta del tocador.

Sara, la pobre taciturna, yacía en tierra, rígida, los dientes apretados, las manos crispadas sobre el desnudo pecho, como si hubiera querido arrancarse el medallón con el retrato de Guzmán que llevaba colgado y que Cora no pudo menos de ver.

—¡Es ella!..¡ah!—exclamó retrocediendo espantada ante Guzmán.

Él, presa de invencible estupor, no supo qué hacer ni qué decir y permaneció inmóvil, completamente agotado por el derroche de sentimentalismo que había hecho. Sentía en vez de pena cólera, enojo y una sensación rarísima de aridez y vacío de alma, que le quitaba las fuerzas para experimentar el más pequeño dolor.

Así estuvo algún tiempo. «Debía ponerle algo debajo de la cabeza, ¿pero eso me corresponde á mí?», preguntóse, «y qué pálida está, parece muerta», se dijo después y agitado por repentino é inexplicable miedo, giró sobre los talones y cogió sus guantes, que esta-

ban sobre el piano, junto á un libro de música: *Gli Ugonotti* leyó en la tapa llena de alegorías de la ópera, y en medio del desorden y confusión de sus ideas representóse con asombrosa nitidez la escena culminante del final, cuando Raul salta por la ventana.

En la escalera encontró al Sr. Casares.

—Su señora está algo indispuesta—le dijo sin detenerse y con tan regocijada expresión que el marido burlado no supo qué contestar.

XXVIII

A pesar de la llovizna finísima que humedecía las calles, Julio avanzaba con el sombrero quitado.

—En sus ojos he leído la repugnancia y el desprecio—exclamó parándose.

Un hombre que pasaba se detuvo para mirarlo.

«¿Y por qué me mira ese estúpido? quizá he hablado fuerte», se dijo, siguiendo su camino.

Andaba como si sintiera mucha fatiga y escupiendo á cada paso para quitarse el amargor feísimo que le subía del estómago á la boca.

—Todo concluído, irremediablemente concluído—murmuró después de llegar á su

casa, prendiendo las numerosas luces del estudio. No sabía bien si deseaba ver algo, pero sabía que la claridad le era necesaria.

Sirvióse una copa de rom y encendió su pipa. Aunque le pareciera ilógico no experimentaba en aquel instante ni dolores ni angustias; el *conflicto* se había producido y él se encontraba en ese estado de ánimo, que dura un segundo, del que cae de una altura y al llegar al suelo, aunque se haya hecho mucho mal, no puede menos de decirse con cierto gozo, *al fin;* sólo que este sentimiento fugitivo era duradero en él.

Sentía el cansancio que producen las grandes emociones, la frialdad que sucede á las lágrimas y á los desates de la pasión, la insensibilidad y decaimiento en que nos dejan los sucesos que deciden de nuestra vida y contra los cuales nos sentimos tan impotentes que no nos atrevemos á intentar cosa alguna.

Bostezaba á menudo y no tenía pizca de sueño. Y ¡cosa singular! lo que le mortificaba seriamente era un detalle baladí: la sonrisa estúpida con que le había dicho al esposo burlado: «su señora está algo indispuesta».

—Qué pensará?—preguntábase, temiendo parecer tonto ó ridículo al que tenía razones sobradas para formarse de él, el peor concepto.

El tal detalle lo irritaba más que todas sus culpas.

Por lo demás, aunque se sintiese profundamente descontento y disgustado de su conducta, no pensó ni una vez siquiera en justificarse á los ojos de las víctimas. Consideraba que *aquello* no tenía enmienda posible. Por otra parte la *conquistada* y la *sacrificada,* perdiendo el carácter de tales se habían desvanecido, y su amor hacia ellas también, porque él las amaba porque lo amaban; ó más bien dicho, amábase en la pasión que había sabido inspirar á las dos mujeres.

La grande ternura que lo invadía junto á la candorosa joven; la piedad inmensa que se apoderaba de él acariciando la cabellera de ébano de su amante, eran sentimientos de complejísima elaboración, que la gratitud del egoísmo y algo así como el amor perverso que inspira á los sodomitas el mal que causan, contribuían principalmente á formar en los abismos de aquella alma esterilizada por las pasiones puramente intelectuales y

las análisis crueles, que enferman el espíritu y ulceran el corazón.

«Todo está concluído y yo completamente agotado», pensó atareándose en analizar el enervamiento en que se encontraba. «Siento un poco de vergüenza, algún escozor de la vanidad herida, despecho... en resumen nada. Qué clase de criatura soy yo? y ahora qué será de mí?»

Esta pregunta repitiósela veinte veces, plantándose delante de todos los espejos. Después abstraído y con las cejas enarcadas, vagó un rato por la espaciosa habitación, examinando sin ver los lienzos, las obras artísticas y los muebles.

XXIX

—¡Ah! sólo me restan mis amados cachivaches, mis poetas, mis *Zafiros*—murmuró por fin, y de súbito, ansias sin nombre y una gran lástima de sí mismo lo conmovieron suavemente. Con la fruición con que el refinado ahonda y multiplica las sensaciones que experimenta, echóse en el diván y entornó los ojos para sentir más el dolor sin dolor de la racha de sentimentalismo que lo entristecía poéticamente y le arrancaba las lágrimas negadas al dolor verdadero. Sentía oculto gozo en sufrir, en abandonarse á las penas, porque le parecía que eso demostraba que aún era rico en sentimientos, sin echar de ver que los tales sentimientos los engendraba, no el cariño de Sara y la gran taci-

turna, no la tristeza de perderlas, sino el amor grande y poderoso á lo estimable que había en él, amor lleno de esperanzas é ilusiones amenazadas... porque su conducta rebajándolo á los propios ojos lo hacía sentirse más débil, más miserable, más distante de sus sueños...

«¡Sólo me restan mis poetas, mis *Zafiros;* las alegrías, los placeres, los amores acabaron para mí!» repitióse otra vez, y en un arranque de lirismo entonó con voz entrecortada, dulce y apenas perceptible las primeras frases del epílogo de Mefistófeles. En el fondo comprendía que todo aquello era falso y ridículo, pero le hacía bien, y continuaba cantando y llorando.

XXX

Pasaron dos horas.

Tranquilo ya y perfectamente dueño de sí, enfrascóse en la lectura de sus versos.

Afuera llovía si Dios tenía qué, silbaba el viento y crujían las ramas de los sacudidos árboles; á veces, en algunos leves momentos de calma, oíase también, semejando los estertores de los contrabajos en la orquesta, el murmullo poderoso del mar, cambiante siempre y siempre el mismo como las pasiones humanas.

El extraño leía con tan profunda atención que apenas respiraba. Tenía los ojos secos, los labios pálidos y sudorosa la frente de marfil. Al venir el día arrojó el cuaderno con sumo disgusto. Impresionado por los

sucesos de la noche, ¡qué pueril é insignificante cosa le parecieron sus rimas! Oía aún el grito estridente, desesperado de la mujer á quien el amante traiciona y olvida... ¡Un mundo de dolor! y en los ojos tenía estampada la imagen de Cora, de la niña cándida y pura, medio muerta de espanto al recibir de golpe, como una puñalada traidora en mitad del pecho, la revelación de la maldad y miseria de la vida... ¡Pena y angustia infinitas!

«¡Qué son mis artificiosas quejas comparándolas con esos grandes dolores! Todo este palabrerío gárrulo no dice lo que una lágrima», pensó con amargura viendo clara, patente, con verdad aplastadora su insignificancia y su impotencia. «Grande es ese mar que gime, ese viento que ruje. Yo sólo he hecho frases: no he sufrido, no he amado... mi obra no hará palpitar los corazones ¡mísero de mí! El amor y el dolor sólo son fecundos: lo intelectual es estéril; mi existencia no tiene objeto; ¡ay! no seré nada, nada, nada»... Repitióse, y escondió la cabeza entre los brazos, ante la visión de que un hércules mónstruo, un Dios potente lo zamarreaba, lo arrojaba á tierra y le ponía sin

piedad la vencedora planta sobre el cuello.

. . . . . .

Al incorporarse díjose gravemente: «Sí, el amor y el dolor sólo son fecundos; ahora lo sé, aun soy joven y todavía»... Y la esperanza, la santa esperanza, volvió á iluminar de nuevo el rostro demacrado y afligido del miserable soñador.

Villa Nicquet.—Arcachón, Abril, 21 de 1897.

FIN

OBRAS DEL AUTOR

	Pesetas.
BEBA (novela).....	3,50

ACADEMIAS

(*Ensayos de modernismo*).

PRIMITIVO.....	1

EN PREPARACIÓN

Lo femenino.

El sueño de Rapiña.

La luna de miel.

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C022179634

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling (510) 642-6753
- 1-year loans may be recharged by bringing books to NRLF
- Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date.